

Del Artífice de la Inteligencia a la Inteligencia Artificial. Un itinerario reflexivo a partir de san Agustín¹.

*Salta, jueves 9 de octubre de 2025
Pbro. Dr. Marcelo Singh – Escuela Universitaria de Teología y Filosofía – UCASAL*

El vertiginoso desarrollo de la IA ha desatado un caudal de apresuradas reflexiones. Hemos pasado de un cauto optimismo a un temor inocultable. En efecto, nos encontramos frente a un fenómeno que desafía de modo particular nuestra vivencia del tiempo; los mecanismos de la IA se caracterizan por la aceleración, y por ello la reflexión no siempre está a la altura. Frente a estas primeras impresiones, nos preguntamos ¿pueden los estudios patrísticos –situados en una cultura evidentemente pretecnológica– arrojar alguna luz sobre esta problemática? ¿en qué medida el sólo planteo es ya forzar los textos antiguos? Tomando estos interrogantes iniciales como incentivos, y al mismo tiempo como parámetros de prudencia especulativa, nos proponemos brindar una incipiente respuesta.

Referirnos al “Artífice” de la inteligencia nos sitúa en una reflexión sobre la teología de la creación, específicamente nos centraremos en un aspecto de la misma: la definición del ser humano como *imago Dei*. En efecto, se trata de una temática que recorre con amplitud las más rutilantes páginas de la literatura patrística. Asimismo, en Agustín, representa una luciente temática, sea por la continuidad a lo largo de su obra, como por su valencia en sí; lo cual no significa que nos encontremos frente a un tópico de extenso o desarrollado abordaje². Este estudio será nuestra finalidad principal. Por ende, en lo metodológico, nuestra propuesta partirá del análisis de textos selectos de san Agustín, para luego postular algunas consideraciones en torno a la IA. De hecho, una de sus ostensibles virtudes es que –la IA– ha impulsado debates existenciales, y así la pregunta sobre ¿quién es el hombre? vuelve una vez más a descolgar en el centro de escena. Un interrogante antiguo, pero que emerge con nueva vitalidad en las diversas crisis antropológicas, como la ocasionada por la IA y entornos vinculados³.

1. El Artífice de la Inteligencia y la *imago Dei*

Como punto de partida, nos referimos de manera explícita al concepto de “Artífice”. Así, en la introducción del *De Genesi ad Litteram imperfectus liber*, el Hiponate advierte: “Sobre los secretos de las cosas naturales, que juzgamos hechas por Dios, omnipotente Artífice (*omnipotente Deo artifice*), se ha de tratar no affirmando, sino buscando (*non affirmando, sed quaerendo*) lo que haya de cierto”⁴. El Artífice es presentado como el

¹ El presente texto representa sólo un esquema de la exposición, para su mejor seguimiento.

² Cf. J. Sullivan, *The Image of God, The Doctrine of St. Augustine and Its Influence*, Dubuque 1963, p. 3.

³ La IA desafía nuestra comprensión básica de la personalidad de una manera mucho más inmediata que lo que lo han hecho la genética o las teorías evolutivas en el pasado. La IA no se ocupa de entidades no observables como los genes, ni es meramente una teoría; amenaza con construir criaturas similares a los humanos basándose en sus supuestos y, por lo tanto, reforzar la creencia en su exactitud; F.J. Génova, *Anne Foerst. El encuentro entre teología e inteligencia artificial*, en *Salmanticensis* 64/2017, pp.313-338, p. 325.

⁴ Ag., *Gn. litt. imp.* I, 1.

omnipotente, notemos la misma raíz de “artificial”, pero en un sentido totalmente distinto. Es asociado al misterio de la creación, y cómo la inteligencia humana se puede vincular desde la búsqueda, *quaerendo*. Se contrapone al “afirmar”, no porque sea una cumbre inasible, sino porque la inteligencia debe indagar, abrirse camino para arribar al conocimiento cierto. A continuación, emprendemos nuestra búsqueda tomando como hilo conductor el concepto de *imago Dei*.

La Trinidad, obra escrita entre el 400 y 416, representa un estadio de sazón, y como ponderó Hadot: “es una libro que ha orientado en una manera nueva y decisiva el pensamiento teológico y filosófico de Occidente”⁵. Lejos de una remansada trama, su escabrosa historia es recordada por el mismo Agustín en sus *Retractaciones*: “He escrito durante algunos años quince libros sobre *La Trinidad*, que es un solo Dios. Pero, cuando aún no había terminado el duodécimo, quienes deseaban ardientemente poseerlos, como yo los retenía más tiempo del que ellos podían aguantar, me los sustrajeron menos corregidos de lo que deberían y podrían, cuando yo los hubiese querido publicar. Después lo comprobé, porque también había conservado conmigo algunos ejemplares, y estaba decidido a no publicarlos ya, sino dejarlos así, para contar en alguna otra obrita mía qué me había sucedido con ellos. Sin embargo, a instancias de los hermanos, a quienes no era capaz de oponerme, los corregí en la medida que lo creí necesario, y los completé y publiqué (...)"⁶.

La imago Dei como comunión y relación

Partimos de la Trinidad y su obra creadora, como el marco propicio de una teología de la creación, para a continuación introducir el concepto de nuestro interés, en la identidad del ser humano. Así, Agustín prosigue con su reflexión, e incorpora la exégesis de “Yo y el Padre somos uno” (Io. 10, 30):

Uno, dice, y somos: Uno en la esencia (*essentiam*), Dios único; somos según la relación (*relatiuum*), por la que es Padre el primero y este Hijo. Se silencia a veces la unidad esencial (*unitas essentiae*) y en plural se mencionan los términos relativos. Yo y el Padre vendremos a él y habitaremos en él (Io. 14, 23). Vendremos y habitaremos, en número plural, pues antes había dicho: Yo y el Padre, es decir, el Hijo y el Padre, términos ambos de mutua relación (*relatiue ad inuicem*). Otras veces se insinúan (*latenter*) las personas de una manera velada e indirecta, como en el Génesis: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (*Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram*) (Gen. 1, 26). Hagamos, se dice, y nuestra, en plural, lo que sólo en sentido de relación es inteligible. No se trata de que los dioses formen al hombre a su imagen y semejanza, sino de que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo hagan al hombre a semejanza e imagen del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, para que así subsista el hombre como imagen de Dios (*sed ut facerent Pater et Filius et Spiritus Sanctus ad imaginem ergo Patris et Filii et Spiritus Sancti ut subsisteret homo imago Dei*). Y Dios es Trinidad. Mas como esta imagen no era en un todo igual a la imagen de Dios ni de Él nacida, sino creada por El, por eso se dice imagen hecha a semejanza; esto es, que no llega a la paridad, pero es hasta un cierto punto parecida. Nos aproximamos o distanciamos de Dios no mediante intervalos espaciales, sino que nos aproximamos por la semejanza y nos alejamos por la disparidad (*non enim locorum interuallis sed similitudine acceditur ad Deum, et dissimilitudine receditur ab eo*)⁷.

⁵ P. Hadot, *L'image de la Trinité dans l'ame chez Victorinus et chez Augustin*, in *Studia Patristica* 6 (1962), 409 (TU 81).

⁶ Ag., *Retractatio II*, 15, 1.

⁷ Ag., *trin. VII*, 6, 12.

Comunión y relación definen al ser humano como *imago Dei*, y por tanto su inteligencia. En este sentido, la relación se manifiesta como la capacidad de mediar, de vincular para regresar luego a la unidad. Su misma reflexión evidencia esta dinámica, parte del uno, pero constantemente avanza a través de relaciones. La disparidad nos aleja de Dios, de esta manera se proyecta paulatinamente la importancia de la semejanza. El hombre es creación de la Trinidad, por tanto subsiste en él la imagen del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Si bien, su inteligencia es capaz de dinamismo, en cuanto establece relaciones, hay una subsistencia, una identidad que brinda consistencia a sus razonamientos.

La imago Dei como uicinitas imitationis

Hay quienes distinguen (*distinguunt*) y dicen: la Imagen es el Hijo, el hombre sólo es a imagen (*hominem uero non imaginem sed ad imaginem*). Pero el Apóstol los refuta al decir: El varón no debe cubrir la cabeza, porque es imagen y gloria de Dios (1 Cor. 11, 7). No dice a imagen, sino imagen (*imago*). Por consiguiente, cuando en aquel otro pasaje se dice a imagen, no se trata del Hijo, Imagen igual al Padre; porque entonces no diría a nuestra imagen. ¿Cómo nuestra, siendo el Hijo imagen única del Padre? Pero, a causa de la imperfecta semejanza -como dijimos-, el hombre se dice hecho a imagen; y se añade nuestra para que el hombre sea imagen de la Trinidad, no imagen igual a la Trinidad (*non Trinitati aequalis*), como el Hijo lo es al Padre, sino sólo imagen parecida y como por semejanza.”⁸.

En los objetos distantes pueden existir sólo cierta contigüidad imitativa (*uicinitas imitationis*) no espacial. En este sentido se dice: Reformaos por la renovación de la mente (Rom 12, 2). Y de nuevo: Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos muy amados (Eph. 5, 1). Y al hombre renovado se le dice: Renovaos en el conocimiento de Dios, según la imagen del Creador (Col. 3, 10). Y si, por exigencias de la disputa, place admitir, amén de estos nombres relativos, el número plural, con el fin de responder con una sola palabra cuando se nos pregunta qué son estos tres, y se contesta diciendo que son tres substancias o personas, en este caso conviene alejar de la mente toda idea de cuerpo o espacio (*nullae moles aut intervalla cogitentu*), ni se pueden imaginar distancias o desemejanzas, ni inferioridad alguna de uno con relación al otro, ni se crea que hay confusión de personas o distinción que implique desigualdad. Y si esto la inteligencia no lo comprende, lo retenga la fe, hasta que brille en los corazones la presencia de aquel que dijo por su profeta: Si no creéis, no podéis entender (*Nisi credideritis non intellegegetis*) (Is. 7, 9)⁹.

2. Teología y desarrollos de IA

Pasar de los textos patrísticos a definiciones de la cibernetica pareciera un salto al vacío. Sin embargo, se trata -en nuestro caso- de un ensayo de dialogo interdisciplinar; pero que ya ha sido esbozado y profundizado por numerosos teólogos. Nos parece oportuno mencionar algunas intervenciones paradigmáticas de tal desarrollo. Como punto de partida, es conveniente recordar que “la inteligencia artificial es principalmente un programa informático diseñado para realizar tareas que requieren un cierto nivel de inteligencia, al menos tan alto como el de los seres humanos. Por lo tanto, el objetivo que debe alcanzarse afecta potencialmente a todos los ámbitos de la actividad humana: desplazamiento, aprendizaje, razonamiento, socialización, creatividad”¹⁰. De manera

⁸ Ag., *trin.* VII, 6, 12.

⁹ Ag., *trin.* VII, 6, 12.

¹⁰ P.D. Oio, *Inteligencia/s humanas y artificiales: para repensar al ser humano desde la teología*, Razón y Fe, septiembre-diciembre 2023, n.º 1.463, t. 287, pp.417-437, pp.425-426.

esquemática, se suele distinguir entre la IA simbólica, por ej. capaz de aplicar principios de lógica proposicional (desarrollada desde particularmente desde 1950 a 1980); y la IA conexiónista (desde 1980 a la actualidad), la cual desarrolla una suerte de aprendizaje automático, y en donde podríamos ubicar como una de sus expresiones a la IA generativa.

3. La IA y Agustín

Dicho esto, hemos de dar un paso más. En referencia al impacto de la IA en la teología, para Oviedo Torró lo que se propone es que una visión teológica pueda mantener y nutrir una imagen compleja e integral del ser humano; la cual puede constituir la base mejor para afrontar los retos que plantea la IA¹¹. Sin duda, que en particular la antropología de Agustín, enraizada en la *imago Dei*, y la concepción de inteligencia que de ella emerge, contribuyen a forjar una imagen compleja e integral del ser humano; y por ende, en el afrontar los retos aludidos.

Llegados a este punto, podríamos tomar distintos caminos: señalar las deficiencias morales de ciertos usos de la IA; subrayar el notable contraste entre la antropología cristiana y la que sugiere esta tecnología; comparar definiciones de inteligencia. Todas estas vías tienen su utilidad, y deben ser recorridas, de acuerdo a los contextos y preguntas que debamos responder. En nuestro caso, propongo otra vía: retomar los conceptos de Agustín, que nos ayuden a comprender la inteligencia humana, para así reflexionar críticamente sobre la IA.

Conclusión

Partiendo de la consideración del Artífice de la Inteligencia, hemos desandado un itinerario reflexivo hasta la IA. El hilo conductor de nuestro estudio ha estado determinado por el análisis de la *imago Dei* en san Agustín, y su aporte a la comprensión de la inteligencia. Más allá de los términos fundamentales al respecto, como *intellectus*, *ratio*, *mens*, hemos destacado el sentido profundo que brota del ser *imago Trinitatis*. Algunas de estas consideraciones contrastan con la definición del ser humano que puede inferirse a partir de la IA, en la que aparentemente encontramos pura inmanencia, y a veces alienación. Asimismo, si consideramos algunas conclusiones de los teólogos actuales citados, surgen aspectos de encuentro y desencuentro entre la visión cristiana de la *imago Dei* y la concepción de persona que se infiere a partir de los desarrollos de la IA.

Más allá de reconocer cuán difícil resulta predecir como seguirá evolucionando esta tecnología, sobre todo por la velocidad de la misma, la mayoría de las reflexiones enfatizan que hay una dimensión humana que es y será insoslayable. Se tratan de las decisiones existenciales, de las propias facultades adquiridas de acuerdo al desarrollo de las capacidades mentales, fruto de la educación, y del desarrollo neurocognitivo. La IA podría potenciar capacidades adquiridas, pero cuando simplemente las suple, el individuo experimenta un déficit insuperable.

Finalizo citando nuevamente uno de los textos expuestos: “¡Mira! El alma se recuerda, se comprende y se ama (*mens meminit sui, intellegit se, diligit se*): si esto vemos, vemos ya una trinidad; aun no vemos a Dios pero si una imagen de Dios (*imaginem Dei*)”¹². La IA puede contribuir en nuestra reflexión existencial, pero nunca podrá hacerla ni por sí misma, ni en reemplazo de la propia. La IA es pura memoria, puede conservar cúmulos innumerables de recuerdos, pero no se recuerda, es decir la forma humana le permite

¹¹ L. Oviedo Torró, *El impacto plural de la inteligencia artificial*, p. 411.

¹² Ag., *trin.* XIV, 8, 11.

construir su propia identidad a partir del recuerdo. Su contribución, podría ser una provocación a revalorizar la memoria, no sólo por el hecho de lo práctico, sino por su rol de configuradora de la propia identidad. La IA es sobre todo una tecnología que nos permite comprender; nos puede ayudar en nuestras síntesis. La IA no puede amar, pero sí recordarnos aquello que no pasará jamás.